



## LETRAS Y LIBROS

La hora presente es la más desfavorable para la literatura, como que la atención está reconcentrada exclusivamente en las graves complicaciones que nos amenazan más allá del Estrecho, en la insidiosa cuestión de Africa, de la cual pende nuestra hora y el porvenir de nuestra ya tan mermada influencia exterior. No hay que echarle, sin embargo, toda la culpa á la guerra, ni á los dinamiteros, ni á la dinamita que explota casualmente; débense buscar las razones de este marasmo en una postración general, nacida de causas muy distintas y múltiples, que sería fastidioso é ingrato enumerar aquí. Lo cierto es que, por fas ó por nefas, los mejores autores españoles se han metido en la concha, como desalentados. Galdós busca refugio en el teatro, y con la perseverancia

tranquila, rasgo peculiarísimo de su carácter, se dispone á ensayar una comedia, *La de San Quintín*. Sobre Pereda gravita una inmensa desventura, una de esas catástrofes que desorganizan el alma y cortan para mucho tiempo los vuelos de la fantasía, obligando á exclamar algo parecido á lo que solloza Otelo en uno de los momentos más sublimes del drama: "*oh, now for ever, farewell the tranquil mind! farewell content!... and all quality, pride, pomp and circumstance of glorious war!... Farewell! Othello's occupation is gone!*",

En cuanto á Valera, hállase entregado á los deberes y distracciones de su cargo de ministro plenipotenciario en Austria; y ya que, según autorizadas noticias, se queja porque de aquí nadie le escribe ni le cuenta novedades, viva seguro de que también nosotros lamentamos que él no nos escriba á todos, escribiendo al público; y bien nos duele tener tan poco qué contarle, en esta que puede considerar carta abierta intercalada en el *TEATRO CRÍTICO*.

\*\*

¿Quién negará que es triste, al reanudar, después de medio año de interrupción, la crónica, observar cómo, lejos de haberse aglomerado libros de interés, no parece ninguno que por lo menos haya metido bulla; algo que merezca discutirse, algo que estimule nuestra curiosidad, ya que no calme nuestra sed de admirar y sentir? Diríase que así como los maestros se han juramentado para no chistar, los lectores hicieron voto de respetar religiosamente su mutismo. En cuanto á las reputaciones nuevas que ahora deberían estar formándose, no las veo; no diviso luz de amanecer; no oigo la voz de Zorrilla, que sobre la tumba de Larra declama versos. Yo lo digo en letras de molde, y los demás en voz baja; ahí está toda la diferencia que va de mí á otros *juzgadores*, en apariencia más blandos, y hasta lisonjeros y aduladorcillos de ese ente de razón que puede llamarse *la juventud literaria española*.

\* \* \*

Puesto que el único género que aún se defiende y halla lectores (los cuales sin duda

entienden que *de lo malo poco*) es el *cuento*, no ha de escapárseme un libro obtenido gratis por la casa editorial de los señores Garnier, y publicado en París, con el título atrayente de *Cuentos escogidos de autores castellanos contemporáneos, coleccionados y con prefacio y noticias literarias, por Enrique Gómez Carrillo*. El colector pide y requiere mi parecer sobre la colección; no debe extrañar que lo formule tan sinceramente como acostumbro.

Según parece, es el Sr. Gómez Carrillo muy joven, y además reside en París; ignoro si ha vivido en España, pero no tengo noticia de ello. Estas circunstancias de los pocos años y alejamiento de nuestra atmósfera, constituyen serio obstáculo para el acierto en la empresa de escoger dos docenas de ejemplares del género *cuento*, que puedan dar al público de la América latina, comprador seguro de las publicaciones de la casa Garnier, idea aproximada del estado actual de ese género literario en lengua española. Y, en efecto, la colección del Sr. Gómez Carrillo, más bien extraviará que ilustrará á

los lectores americanos. ¿Qué decir de una antología donde figuran nada menos que veintisiete cuentistas, y donde, sin embargo, se omite el gran nombre de Pérez Galdós, que ha escrito cuentos; del Padre Coloma, que los tiene primorosos; de Narciso Campillo, que los produjo insuperables en aticismo y gracia; de Sellés, que los posee bellísimos; de Armando Palacio Valdés, que ha descollado en el género? Y prescindiendo de omisiones tan gordas, ¿no debieran figurar en la antología, con el mismo derecho cuando menos que algunos nombres que allí se incluyen, los de otros muchos cuentistas fecundos y populares, que colaboran casi á diario en las hojas más leídas de España?

En cambio, infunde asombro que mientras se suprimen cuentistas de la talla de los cinco susodichos, se otorga el diploma á escritores que jamás tornearon un cuento, y se dan por cuentos verdaderos *artículos de costumbres*. Verbigracia: han oído ustedes á nadie que celebrase el *último cuento de Luis Taboada*, y afirmase haberse reído muchísimo con él? Pues mi chistoso

paisano se encuentra, por obra y gracia de la casa Garnier, convertido en cuentista, y lo mismo que él, Pereda, que tampoco es cuentista, ni ese es el camino. Ambos (Pereda y Luis Taboada) son *costumbristas*, el primero serio, poético y descriptivo; el segundo jocosos y caricaturista; y eso ni les quita ni les pone mérito, pero debiera excluirles de la antología Garnier.

Saben aquí estas cosas hasta los niños de la escuela; no obstante, comprendo que las ignore en París un jovencito que empieza á despuntar; y valdría más que la opulenta casa Garnier, gastándose algunas pesetas (el dinero es el nervio de la guerra, como dijo el profano), hubiese fiado la comisión de recoger el florilegio á un literato experto y ducho, familiarizado con nuestras letras y en buenas condiciones para separar el trigo de la cizaña. Porque en las mismas *noticias literarias* que acompañan á cada cuento, revélase, cuando son de la cosecha del colector, la inexperiencia y la información errónea respecto á nuestros asuntos literarios. De Luis Taboada, por ejemplo,

dice el Sr. Carrillo que "es uno de los escritores modernos más estimados por el *gran público de provincias*". Cualquiera diría, al leer este galicismo, que á Taboada sólo le leen en Belchite; que no es archipopular en Madrid. "Sus chistes", añade el Sr. Carrillo, sin dejar de la mano á Taboada, "son iguales á los chistes de todo el mundo". ¡Gran noticia, si fuese cierta, para los escritores sosos! Precisamente los chistes de Taboada los consideramos *sui generis*, de una donosa incongruencia difícil de parodiar. Una cosa es que los chistes de Taboada no vuelen alto, no se remonten, no profundicen, y otra que se parezcan al chiste impersonal, difuso, al chiste de cada esquina y de cada mesa de café. Decíame un día cierto escritor muy ilustre: "Así como hay *estilo Luis XV*, habrá con el tiempo *estilo Luis Taboada*".

Ocúrreme ahora sí, por el forzoso rigor con que hubé de tratar á la *Colección de cuentos* de los Sres. Garnier, dará alguien en maliciarse que vengo particulares agravios, y que, v. gr., en la tal antología no

danza mi nombre. Rectifiquen los mal pensados: soy de los *veintisiete cuentistas*, y varias de las noticias literarias que preceden á cada cuento, proceden de mis libros. Si tuviese quejas personales, tendría una razón para callar.

\* \* \*

Otro libro del Sr. Gómez Carrillo, titulado *Sensaciones de arte*, está sobre mi mesa, y el autor también me dispensa la honra de solicitar mi opinión acerca de este otro libro. Trátase en él de escritores y pintores; crítica artística y crítica literaria. Los escritores y pintores de quienes habla el Sr. Carrillo son japoneses y franceses, por lo cual sería aventurado que, no conociendo yo poco ni mucho á los primeros y habiendo descuidado últimamente la lectura de los segundos, discutiese las apreciaciones del crítico. Estas son, además, en cierto modo, indiscutibles, pues el Sr. Carrillo, afiliándose á la escuela subjetiva ó lírica de Anatolio France, en que cada crítico tiene *por fueros sus*

*brtos y por premáticas su voluntad*, sólo aspira á "*contar las aventuras de su alma en medio de las obras maestras*,"; que significa, si no entiendo mal, expresar y formular lo que su alma haya sentido en presencia de este cuadro, de aquella estatua, ó con la lectura de una poesía, de una novela, etc.

Sobre la crítica personal ó impresionista que, sin la venia de Anatolio France, hemos practicado mil veces por estas tierras, habría mucho que decir, tanto, que no cabría en los límites de una reseña sucinta. En resumen, diré que no discuto la legitimidad de esta forma de crítica, aun cuando disto mucho de creer que es la *única*. Perdería la crítica una de sus preeminencias si renunciase á ejercer ascendiente sobre la cultura general de un tiempo dado, y á fomentar la iniciación del mayor número posible de personas en los goces delicados de la comparación artística. Admito, pues, la crítica que el señor Carrillo califica de *única moderna*, pero la admito con su cuenta y razón, estipulando condiciones. Las *Aventuras de un alma* pueden interesarme, si el alma aventurera que

cuenta sus correrías está bien preparada, primero para recibir las impresiones, segundo para narrarlas después *á modo de una especie de novela*, según quiere el Sr. Gómez Carrillo. Porque ni éste, ni Anatolio France, ni nadie que tenga una onza de sentido común, negarán que el busilis de la crítica *personal* consiste en la *persona* que la ejerce. Hay infinitas almas cuyas aventuras al través de cuadros, estatuas, poemas y novelas, me importan un bledo, y como á mí al resto de la humanidad.

El alma que ha de contarme sus aventuras, no sólo necesita poseer las dotes innatas del gusto, del sentimiento y de la receptividad más fina y vibrante, sino que debe atesorar una suma de cultura y de ciencia firme, que, sirviéndola de base para la comparación y la apreciación estética, la permita sorprender en las formas del arte lo que constituye verdadera originalidad, lo que hiere cuerdas vírgenes de la lira eterna. Aunque la palabra no esté muy en olor de santidad entre los modernistas, diré que el alma narradora de sus aventuras necesita un fondo de *eru-*

*dición* bastante serio, ó por lo menos extenso y variado; de esa erudición, sin la cual el crítico se expone á incurrir en pueriles asombros y en graciosas erratas,—creyendo, v. gr., inédito lo más viejo, raro lo más usual,—y busca á tientas la clave de multitud de fenómenos artísticos que se explicarán por sí solos tomando en cuenta circunstancias de tiempo y lugar que el crítico desconoce. ¿Cómo es posible, por ejemplo, tener aventuras que narrar al través de la arquitectura gótica ó el arte helénico, sin estar al tanto de su filiación, origen, desarrollo y significación en la historia de la humanidad? Lo repito: en esto de las aventuras de un alma, lo primero es el alma misma, sus condiciones naturales y su adquirido vigor. La abeja labra panal y destila miel; pero antes la ha buscado en las flores. De cardos y ortigas no sale miel; el zángano tampoco la extrae. No nos alborocemos, pues, atribuyendo al nombre de crítica personal virtudes libertadoras y pasmosa eficacia. La crítica personal es como todas las conquistas de la libertad; impone más deberes,

más responsabilidad al que la disfruta. Con reglas y cánones bien puede criticar juiciosa y útilmente, á la pata la llana, un espíritu mediocre: sin balancín ni más guía que el propio instinto, sólo saldrá airoso del empeño el espíritu superior, elocuente, sensible, el artista de raza.

Concretando estas observaciones al señor Carrillo, y puesto que desea conocer las aventuras de mi alma al través de sus *Sensaciones de arte*, le confesaré que creo que él no está en el caso de justificar protestas de independencia, pues, lejos de practicar el lirismo crítico, sacrifica la personalidad de sus impresiones en aras de una moda ó corriente literaria, ajustándose á sus leyes con fidelidad escrupulosa de neófito. Dada la juventud del Sr. Carrillo, el hecho no debe sorprender: es el *engouement* ó embullo de la salida al mundo literario, es el pensamiento arrastrado por el torrente de la actualidad, prendado del último capricho que luce en los escaparates. El Sr. Gómez Carrillo se declara modernista, decadentista y simbolista, admirador resuelto de la poesía

de Verlaine y Mallarmé, de la pintura de Puvis de Chavannes, de las contorsiones del japonismo; y con entusiasmo digno de un comentador del *Polifemo*, publica cierta carta estrambótica de Mallarmé, dirigida á Oscar Wilde, carta que traducida al castellano merecería puesto de honor en la *Aguja de navegar cultos*, y que en el original francés habrá dado que reír para un año á los manes de Maturino Regnier y de Molière. Yo preferiría que el Sr. Gómez Carrillo me refiriese sus impresiones ó aventuras, ó como sea, pero desde arriba, dominando y juzgando con independencia, *personalmente*, en el explícito sentido de la palabra. Si un joven que manifiesta tanto amor á las letras, que tiene soltura y facilidad para escribir, lograrse formarse un criterio propio, ningún requisito le faltaría ya para ejercer la crítica. Y pues va de consejos, creo que el señor Carrillo, que escribe en español, debe estudiar á los buenos escritores castellanos para limpiar y corroborar el estilo. La prosa del Sr. Carrillo se resiente de que el joven escritor maneja más los autores franceses

que nuestros clásicos. Persuádase de que en arte no hay moderno ni antiguo; Garcilaso es tan fresco como Soulayr; Fray Luis de León llega al alma del místico lo mismo que Verlaine. Temo que por estas indicaciones he de enajenarme la buena voluntad del Sr. Carrillo, y me va á retirar el dictado de *maestro* que me confirió. ¡Cuántas veces he perdido y recobrado ya ese cargo magistral, honorífico y sin sueldo!

\* \* \*

Declaro—prescindiendo ahora del Sr. Gómez Carrillo—que si entre los modernistas franceses hay autores de innegable talento y valer, á quienes admiro y leo con deleite, como son, v. gr., Bourget y France en la prosa, Verlaine y el mismo Mallarmé en el verso, el séquito ó *cola* de esta tendencia literaria suele parecerseme á la casa de orates de la zarzuela *Jugar con fuego*. Siempre que oigo hablar de esos artistas tan *inquietantes, neuróticos, perversos y atormentados*, se me acaba la formalidad y me reto-